Propuesto para censura

El placer, cuentos de Maupassant que escandalizaron por su manera de abordar la doble moral burguesa y la falsedad de las convenciones sociales



GUY DE MAUPASSANT
El placer
▶ Traducción de Manuel Arranz
▶ PERIFÉRICA, 77 PÁGINAS, 11 €

CUENTOS

Francisco García Pérez

Supongo que a estas alturas de la Historia no pocas de las obras del otrora considerado como gran escritor francés Guy de Maupassant tengan sobre sí la guadaña de la censura de lo políticamente correcto. Quizá, no lo sé, se sigan leyendo en escuelas e institutos galos sus cuentos de terror (*El Horla* acaso) o tal vez alguno de sus antes clásicos (*Bola de sebo* sobre todo, que escribió a los 30 años: es posible que también *Bel ami*, firmado poco antes de su muerte). Eran, fueron o son ejemplos de depurada prosa francesa, vivas descripciones, "tipos" populares, muestras de un escritor que, sin tener el largo aliento novelesco de su contemporáneo y tan celebrado hoy Galdós, le concedían lugar en el parnaso literario por sus obras breves. Pero ni Maupassant era un tipo políticamente correcto entonces ni lo es hoy, si bien por causas diferentes. Nació en la Normandía en agosto de 1850 y solo vivió 42 años, arruinada su salud por la sífilis y cabalgando su mente por las montañas de la locura. Fue funcionario, escritor en prensa compulsivo, tan aficionado a juntarse con los amigotes a remar como a celebrar juergas promiscuas. Enseguida tomó fama de misántropo, con especial hincapié en la misoginia, como veremos. Con él llegaba el escándalo a las fiestas. Eran celebradas sus ocurrencias, como esta definición de matrimonio en *Mademoiselle Fifi*: "No es más que un intercambio de mal humor durante el día y malos olores durante la noche". Frecuentó poco la novela: mucho más los cuentos o relatos, que daban más dinero enseguida gracias a su publicación en los periódicos. Su desbarajuste mental le llevó a varios intentos de quitarse de en medio hasta que –ya ido por completo– entregó cuerpo y espíritu en la clínica parisina donde llevaba internado desde abundante tiempo atrás.



Guy de Maupassant. WIKIPEDIA

Pues resulta que en 1952, el director de cine Max Ophüls (el de *Carta a una desconocida* o *Lola Montes*) decidió juntar tres narraciones muy breves de Maupassant y filmar sobre ellas lo que tituló *El placer*. Son esas piezas las que ahora se recogen en libro: *Le masque* (un anciano donjuán –incapaz de aceptar su vejez– se disfraza de joven cubriéndose con una máscara, al efecto de acudir a bailes galantes como los de sus años mozos: su mujer nos cuenta su historia tras una noche de ridículo); *La maison Tellier* (dos partes: el ambiente de un lupanar y la devota fiesta religiosa de las prostitutas durante una primera comunión, seguida de regocijada fiesta campestre); y *Le modèle* (tremenda historia de casamiento infeliz por mala conciencia). Fueron estos cuentos materia de escándalo en su época, finales del XIX: abordaban la falsedad de las convenciones sociales, el mundo de las casas llanas, los burgueses de doble moral... Políticamente incorrecto. Pero lean esta (larga) cita tomada del último de los cuentos y comprobarán cómo resulta insoportables para el pensar actual: "¿Quién puede saber a ciencia cierta lo que hay de fingido y de real en los actos de las mujeres? Siempre son sinceras en sus eternos cambios de opinión. Son irritables, perversas, devotas, admirables e innobles cuando obedecen a incomprensibles emociones. Mienten continuamente, sin quererlo, sin saberlo, sin comprenderlo, y son a la vez, y a pesar de todo eso, de una franqueza absoluta en sus deseos y sus sentimientos, que ponen de manifiesto mediante sus decisiones violentas, inesperadas, incomprensibles, locas, que desconciertan nuestra razón, nuestro hábitos de moderación y todas nuestras egoístas maniobras. La brusquedad y lo imprevisto de sus decisiones para nosotros son enigmas indescifrables". Sobran comentarios.

Historia de una estación

Bernd Brunner desmenuza los aspectos del tiempo más frío en *Cuando los inviernos eran inviernos*

ANÁLISIS

Ricardo Menéndez Salmón

Hay libros cautivadores desde su planteamiento, cuya capacidad para generar una complicidad con el lector es inmediata, epidérmica. Cuando los inviernos eran inviernos, de Bernd Brunner, es uno de esos textos. La apuesta del ensayista alemán al proponer una especie de biografía de una estación es muy sugestiva. De hecho, existe algo casi heroico en trabajar sobre un asunto tan común como complejo de sistematizar. Porque lo obvio es a menudo lo más arduo. Y es que todos tenemos la experiencia del invierno, ¿pero qué significa esa palabra en realidad?

¿Es lo mismo el invierno meteorológico en la costa de Islandia que en las playas de Brasil? ¿Alguna vez nos hemos detenido a reflexionar acerca del invierno como un mapa de las emociones, como un nicho ecológico, como una coartada para el viaje, como un asilo espiritual, como un depósito de ritos y leyendas? ¿Existe acaso una economía del frío, una cosmovisión del hielo, una geopolítica de las regiones polares? ¿De qué hablamos cuando hablamos de un biotipo ligado al clima? ¿De dónde surge la pasión de ciertas personas por explorar territorios en apariencia hostiles, inhóspitos, crudos, donde la vida se constituye como lucha antes que como una experiencia grata y placentera? ¿Cuándo y cómo surgieron las actividades recreativas ligadas al frío: los deportes de invierno, las travesías de montaña, las exploraciones árticas? ¿Qué impulso puede mover a alguien a dedicar buena parte de su vida al hallazgo, escrutinio y clasificación de los cristales de nieve?

Para intentar responder a estas preguntas, Brunner convoca en su libro a decenas de escritores, aventureros, científicos, artistas, inventores o simples observadores que, en algún momento de sus trayectorias, se cruzaron con la evidencia del invierno. En estas páginas veremos a Goethe cruzando el paso de San Gotardo, descubriremos a Chaplin practicando una extraña variante del esquí en St. Moritz, asistiremos a la conversión de Fridtjof Nansen en el héroe nacional de Noruega, nos emocionaremos con Bokushi Suzuki mientras dedica sus días a dibujar las alucinantes formas de los copos de nieve, aprenderemos de Henry David Thoreau y de Sylvain Tesson el exquisito arte del eremitismo, seguiremos los pasos de John Ross cuando por vez primera en la historia trabe contacto con los esquimales del Polo Norte.

El invierno es un país físico y también un continente moral; el invierno comporta una actitud práctica y esconde una concepción filosófica. De Japón a Groenlandia, de Canadá a Austria, entre lagos y banquisas, en patín, en avión, a caballo o a pie, en las ciudades y en el campo, bajo techo o a la intemperie, Brunner nos invita a redescubrir la gloria del invierno y su más íntima razón de ser, y lo hace valiéndose de una prosa que nunca alza la voz, más cercana a la introspección que al arrebato, pero que nos adentra en la más denostada de las estaciones para descubrir, allá al fondo, como una luz en medio de la negrura, la exuberante, apasionada belleza del frío.



BERND BRUNNER
Cuando los inviernos eran inviernos
▶ Traducción de José Aníbal Campos
▶ ACANTILADO, 256 PÁGINAS, 20 €

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW